

Crónicas

Crónica de las celebraciones del primer aniversario

La semana del lunes 11 al viernes 16 de noviembre estuvo llena de actividades académicas, culturales y litúrgicas. Con ellas, la Compañía de Jesús y la UCA celebraron el primer aniversario de los mártires de la UCA.

En la semana hubo un ciclo de conferencias sobre el martirio y el compromiso cristiano y universitario. El P. José María Castillo habló sobre "El martirio por el reino de Dios"; el P. Jon Sobrino, sobre "La herencia de los mártires"; y el P. Rodolfo Cardenal, sobre "La inspiración y mística de la UCA". A lo largo de esta serie de conferencias se vio que los mártires siguen dando de qué hablar y siguen inspirando, en compromisos sumamente importantes como lo son el ser mártir, el ser humano, el ser cristiano y el ser universitario. Además de los tres conferenciantes, tres miembros de la junta de directores de la universidad, el P. F. Javier Ibisate, René Zelaya y Axel Soderberg, dieron su testimonio personal sobre su convivencia con los mártires. Los tres trabajaron con ellos durante muchos años, el P. Ibisate más de veinte años. Su testimonio fue autorizado y muy sentido, pues hablaron de lo que habían visto y tocado — al P. Ibisate siempre se le nublan los ojos. Ellos, así como muchos otros, recuerdan muy bien a los mártires en lo cotidiano y en los momentos cruciales de la historia de la UCA y en los grandes problemas y crisis del país.

A lo largo de la semana, UCA Editores pre-

sentó tres libros póstumos de tres de ellos y un cuarto libro sobre ellos. El miércoles 13 de noviembre, se presentó al público el libro de Juan Ramón Moreno *Evangelio y misión*, una recopilación de artículos escritos desde 1977 y publicados en varias revistas. La presentación la hicieron el director de UCA Editores y la hermana Inés Fernández, quien al final de su ponencia sorprendió al auditorio, poniendo una cinta con palabras de Juan Ramón. Las hermanas de La Asunción aprovecharon la oportunidad para entregar a la editorial una serie de cintas con pláticas del P. Juan Ramón Moreno, las cuales serán editadas en el futuro.

Ese mismo día, en el Centro de Reflexión Teológica se develó una placa en la cual se lee "Biblioteca Juan Ramón Moreno". En efecto, Juan Ramón fue el fundador y director de la biblioteca de teología. La placa recuerda sus desvelos —en tres ocasiones tuvo que trasladar la biblioteca— y el agradecimiento de centenares de personas, estudiantes y miembros de las comunidades cristianas, quienes acuden asiduamente a ella —en realidad, no tienen otro lugar a donde acudir para instruirse e informarse teológica y religiosamente. En este acto, se le entregaron a sus familiares su estola y algunos recuerdos personales que el P. Moreno mantenía en su escritorio.

El jueves 14, UCA Editores presentó el libro de Ignacio Ellacuría, *Filosofía de la realidad his-*

tórica. La presentación la hizo el P. Rodolfo Cardenal. Este libro, comenzado por Ignacio durante su primer exilio, en Madrid, en 1976-1978, nunca lo pudo terminar a su regreso a San Salvador por sus múltiples ocupaciones y porque dio más importancia a la resolución de los problemas del país y de la UCA que a su propio crecimiento intelectual. Al libro le faltan dos capítulos muy importantes sobre el sentido y el sujeto de la historia.

Al P. Cardenal lo acompañaban en la mesa Carmen Castro, viuda de Xavier Zubiri y una segunda madre para el P. Ellacuría, y su hermano José, también jesuita y misionero en Taiwán. Ellos no hablaron sobre el libro, sino sobre su autor y El Salvador. Carmen cautivó literalmente a la audiencia durante casi una hora, contando infinidad de anécdotas y la despedida de Ignacio en noviembre de 1989. Cuando terminó sus palabras, todo el auditorio de la universidad, que estaba completamente lleno, se puso en pie y rompió en un larguísimo y emocionado aplauso. Con él agradecía muchas cosas: la obra del P. Ellacuría, la obra de Zubiri y los cuidados de Carmen para ambos. Más tarde, Carmen departió largamente con los estudiantes de filosofía.

El P. José Ellacuría habló también de su hermano Ignacio, contando cosas curiosas que desconocíamos. Por ejemplo, en el Colegio de Tudela, donde los hermanos Ellacuría estudiaron el bachillerato, ningún jesuita le habló a Ignacio de ser jesuita, pues no se les ocurrió que pudiera tener vocación por su carácter tan retraído. Así, el mismo Ignacio tuvo que presentarse ante los jesuitas responsables para pedir que lo admitieran en el noviciado. Al hablar de El Salvador, dijo que quien más ha sufrido y quien más ha perdido, no ha sido él ni los otros familiares de los mártires, sino Obdulio. Por eso, él era la persona más importante en estas celebraciones. Terminó con lo que se llevaba de El Salvador para Taiwán, donde el capitalismo occidental está metiendo en la juventud la cultura egósta del medro individual y del consumo. Dijo que de nuestro país se llevaba la experiencia que se puede vivir de otra manera, que se puede ser humano y cristiano, que se puede

vivir para los demás y hasta dar la vida por ellos.

El viernes 16, el director de UCA Editores junto con las hermanas del P. Segundo Montes, Mari Paz y Katy, y Juan José García presentaron la última investigación de aquél, *El Salvador 1989. Las remesas que envían los salvadoreños de Estados Unidos. Consecuencias económicas y sociales*. Juan José García contó cómo el P. Montes acabó de escribir su investigación un día antes de su asesinato y cómo él mismo ayudó a rescatar el manuscrito y a editarlo. Analizó las preocupaciones y las intuiciones más importantes que llevaron al P. Montes a investigar el tema de los refugiados salvadoreños en Estados Unidos. Como amigo, recordó cómo brillaban los ojos azules del P. Montes cuando terminaba un artículo o un libro, o cómo se emocionaba al acercarse a una comunidad de repobladores. "Me miraba a la cara, me daba un codazo", expresando su emoción, recordó Juan José. Al terminar Juan José, tomó la palabra Katy, conmovida hasta las lágrimas, pero con serenidad. Dijo que el prólogo del libro, firmado por Juan José García y el P. Michael Czerny, retrataba cabalmente el alma de su hermano. Al final sólo pudo dar las gracias. "Gracias al P. Michael, gracias a Rodolfo que tuvo la delicadeza de entregarnos el libro en cuanto salió de la imprenta. Gracias a Juan José por su trabajo para que la publicación de este libro haya sido posible. Gracias a todos los continuadores de la obra de mi hermano. No me queda más que decir gracias, gracias". Y no podía contener las lágrimas.

Después del acto, Juan José García se acercó a Mari Paz y Katy y les entregó el manuscrito original con las notas y correcciones hechas a mano por el propio Segundo.

El P. Salvador Carranza editó el libro *Mártires de la UCA*, 458 páginas, en las cuales ha recogido testimonios y reflexiones, que se han producido a lo largo de este primer año.

Además de estas cuatro publicaciones de UCA Editores hubo otras. Un jesuita que trabaja en la Ciudad Segundo Montes publicó *La flor de izote*, un pequeño libro que contiene artículos de don

Pedro Casaldáliga, de Pablo Richard y de Jon Sobrino; esta publicación es un homenaje a la comunidad de la Ciudad Segundo Montes y al mismo Segundo. Por una feliz coincidencia, un poco antes del aniversario, en Madrid se presentó el libro *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de teología de la liberación*. Es una obra de 1,400 páginas en dos tomos, dirigida por Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino, y en la cual han colaborado los mejores teólogos latinoamericanos y algunos españoles. Esta obra bien puede ser considerada como un homenaje de los teólogos a Ignacio Ellacuría y Juan Ramón Moreno, quienes, además, publican varios artículos en ella.

En esta primera semana de celebraciones ha habido mucha música y poesía para los mártires y sobre ellos. La música popular se ha hecho presente en los corridos compuestos para los mártires y que han cantado para los sobrevivientes los re pobladores de la Ciudad Segundo Montes, los campesinos de Jayaque, los marginados de Tierra Virgen, las comunidades de base. Música de los coros de la UCA, *Sinapsis*, *Guanacanto*, *Cuestarriba*, *Vereda* —éste último presente en muchas eucaristías—, los cuales han editado un bello cassette titulado *Asaltando un cielo nuevo*. Hubo mucha poesía en los sencillos poemas de los campesinos y de los estudiantes, y en los bellísimos versos de Francisco Andrés Escobar y Rafael Rodríguez Díaz. También hubo danza de los grupos de la UCA, que, entre otras cosas, escenificaron danzando la muerte y resurrección de los mártires en el jardín de las rosas. Todo esto fue oído y aplaudido en el acto cultural del lunes 12 y en el del viernes 16, en la vigilia y en el acto cultural privado que, muy esmeradamente, prepararon para las familias.

A partir de esa semana de aniversario, los rostros de los mártires han inundado oficinas, salas, despachos, aulas e incluso la calle, pues la Compañía de Jesús, la UCA y las organizaciones populares han repartido miles de afiches. En la entrada de la Biblioteca de la UCA había una exposición de trece afiches, frutos de un concurso convocado por ASTAC. El Centro Pastoral Monseñor

Romero de la UCA ha publicado una serie de postales sobre aquellas cosas que rodearon a los mártires —el jardín, la capilla, el mismo centro pastoral— y un pequeño folleto a todo color, en español y en inglés, titulado *El arte en la capilla de Monseñor Romero*.

Los mártires de la UCA también han llegado al cine y a la televisión. Durante la semana, en la UCA, se proyectó la cinta *Anatomía de un asesinato*. Es una excelente e impactante obra cinematográfica, que, además, ha sido proyectada en doce países europeos. El 2 de diciembre, la BBC de Londres proyectó otra cinta sobre los martirios de la UCA y de las cuatro religiosas norteamericanas, cuyo décimo aniversario se celebró ese día. El Departamento de letras de la UCA presentó un audiovisual titulado *Mártires de la verdad*.

Las celebraciones comenzaron con la inauguración de una exquisita exposición, en la cual, de forma esquemática y vigorosa se presentó la muerte y la resurrección de los mártires. Un conjunto de fotografías reconstruía lo ocurrido el 16 de noviembre; una larga serie de diplomas y medallas mostraba la solidaridad y el reconocimiento internacional y nacional; varias obras de arte exhibían la admiración y el respeto; una serie de objetos personales y de reliquias hacía actual a los mártires de la UCA.

Los mártires de la UCA han entrado en la música y en la poesía, en el teatro y en la danza, en los afiches y en las mantas, en la pintura y en la escultura. Todo ello ha sido hecho con inmenso cariño y admiración. En la exposición, el silencio era absoluto y algunos derramaban lágrimas al recordar y admirar. En los festivales, el respeto se mezclaba con el gozo y el aplauso sentido.

Los mártires de la UCA han sido celebrados litúrgicamente también. En los ocho sábados anteriores al 16 de noviembre se tuvieron misas en la capilla de la UCA. Cada sábado y cada eucaristía estuvo dedicada a cada uno de ellos; en ellas, sus amigos recordaron y celebraron lo específico de cada uno y la realidad que ya los une a todos ellos para siempre, asimismo agradecieron a Dios

por todos y cada uno de ellos. Fueron recordados en la eucaristía, tal como recordamos a Jesús. Todas las celebraciones litúrgicas y eucarísticas tuvieron carácter de agradecimiento y compromiso.

El lunes 11 de noviembre, los religiosos y las religiosas organizaron la eucaristía del día. Delante del altar colocaron un gran mapa de América Latina, en el cual los sacerdotes concelebrantes, al entrar, fueron colocando una pequeña fotografía de los religiosos, de las religiosas y de los sacerdotes martirizados en el continente. No estaban las fotografías de todos, pero había suficientes como para expresar que muchos de ellos han derramado su sangre junto con la de los pobres. Entonces, resonaron las inolvidables palabras de Monseñor Romero, "me alegro, hermanos, de que en El Salvador hayan asesinado a sacerdotes, pues sería muy triste que en un país en que están asesinando tan horrorosamente no hubieran también sacerdotes entre los asesinados. Es una señal de que la Iglesia se ha encarnado en los problemas de los pobres". A esta sangre martirial, los jesuitas de la UCA han añadido la sangre universitaria.

El martes 12, las comunidades eclesiales de base de El Salvador y las comunidades de Jayaque, El Calvario, Lourdes-Colón y una comunidad de La Libertad organizaron la celebración eucarística. Era la eucaristía de los pobres. Fue la misa de Julia Elba y Celina, pero también la del P. Lolo (Joaquín López y López), quien siempre estuvo en contacto directo con los marginados; fue la misa de Nacho, de Amando, de Segundo y de Juan Ramón, quienes los visitaban y atendían con frecuencia; también fue la misa de Ellacuría, quien, aunque no tuvo un ministerio directo con ellos, muchas veces recibió en su oficina a las organizaciones populares, a los sindicalistas, a las comadres... El increíble cariño y agradecimiento del pueblo pobre a sus mártires es lo que más impactó en esta eucaristía. Expresaron su agradecimiento y su cariño con cantos, flores y ofrendas. Emocionado, el P. José Ellacuría dijo a los pobres que llenaban la capilla lo que hubieran dicho los mártires, "gracias".

El miércoles 13, a media mañana, se celebró

una eucaristía íntima con las familias de los mártires que habían llegado al país la noche anterior. El momento fue emocionante. Era la primera vez que visitaban las tumbas de sus hermanos y que leían el nombre de cada uno de ellos bajo el gran cuadro de Monseñor Romero. Les embargaba la emoción y el dolor, pero ya habían empezado a palpar el gran cariño que el pueblo salvadoreño tiene a sus hermanos así como también la razón profunda por la cual dieron sus vidas, tal como aparece escrito sobre las tumbas, "por la defensa de la fe y la promoción de la justicia", por Dios y por los pobres.

Se leyó el evangelio de las bienaventuranzas y los familiares de los mártires comenzaron a entender un poco mejor tan escandalosa verdad. Alrededor de ellos todo era cariño, de parte de los jesuitas de El Salvador, de los estudiantes que cantaron en la misa, de los amigos más íntimos de sus hermanos. Y el símbolo de todo ello, Obdulio. En esta eucaristía, como en todas las anteriores, estuvo con una serena sonrisa. Los familiares de los jesuitas españoles comenzaron a sentir a Obdulio como de su propia familia y él mismo sabe ahora que los puede contar a ellos en la suya.

Varios amigos de los mártires dieron su testimonio ante sus familiares, mientras éstos escuchaban en silencio sin animarse a hablar aún, pues estaban embargados por la emoción. Al final, interrumpiendo las palabras del sacerdote, Alberto Martín-Baró llegó al altar y tomó el micrófono. Le costó empezar a hablar y varias veces lo cortó la emoción, pero dijo lo que, de una u otra forma, repitieron los familiares durante esos días, "he de decirles con sinceridad que yo no entiendo muy bien qué es amar a Dios, pero aquí, en El Salvador, entiendo muy bien lo que es amar a los hermanos". Y llevaba menos de veinticuatro horas en el país.

Ese mismo día, a las seis de la tarde, las iglesias cristianas de El Salvador organizaron un acto ecuménico en la capilla Monseñor Romero. En la celebración estuvieron presentes la Iglesia Episcopal, la Iglesia Bautista, la Iglesia Luterana y la Iglesia católica. El obispo Medardo Gómez envió

un representante personal, pues estaba fuera del país. Esta celebración ecuménica fue un reconocimiento sincero a los mártires, pero también un reconocimiento personal, pues varios de los dirigentes de estas iglesias estudiaron en la UCA, con frecuencia pedían a los padres Montes y Martín-Baró que los ayudaran con los análisis de la realidad nacional y las visitas al P. Ellacuría no eran raras, cuando llegaban delegaciones del exterior o se agravaba la crisis en el país.

Llenaron la capilla con flores traídas por niñas y niñas huérfanas. En un acto simbólico destruyeron una ametralladora, la cual, como en el sueño de Isafas, se convirtió en un machete para trabajar. Delante de las tumbas pusieron granos de frijol plantados en una maceta para expresar que la semilla que cae en tierra da mucho fruto. Entre estos gestos simbólicos, episcopalianos, luteranos, bautistas y católicos leyeron y comentaron la Palabra de Dios, que habla de pecado y de justicia, de martirio y de vida. De nuevo se leyeron las bienaventuranzas. Y, quizás con mayor pasión que en ningún otro acto, levantaron su voz profética contra la injusticia y la represión.

El jueves 15, a media tarde, el Comité Permanente del Debate Nacional, en la Plaza Cívica, develó una placa que comienza diciendo "Dichosos los que trabajan por la paz, pues Dios los llamará hijos suyos". Al acto asistieron algunos de los familiares y el rector de la UCA, quien recordó desde la tarima que los gobiernos y los partidos políticos pueden desaparecer, que las universidades pueden cambiar, pero que ellos, el verdadero pueblo salvadoreño, unido y organizado, era la verdadera esperanza para el futuro del país.

Después del acto, al final de la tarde, salió una marcha, convocada por el mismo Comité Permanente, hacia la UCA. Al comienzo de ésta repartieron hojas con consignas, pidiendo "juicio y castigo a los asesinos de los padres jesuitas". Asimismo repartieron antorchas para iluminar el camino. Todos querían llevar una porque, según dijeron, "estas antorchas representan que los padres están vivos como las llamas de fuego que salen, y representan la luz de la verdad por la que fueron

crucificados". La marcha discurrió con tranquilidad, despacio, como discurren estas manifestaciones del pueblo salvadoreño, y con mucho orden. Mientras marchaban gritaban las consignas e invitaban a los transeúntes a unirse a ella. Cuando la marcha encontraba a algunos soldados apostados en las esquinas, gritaba más fuerte las consignas dirigidas contra el ejército. Un oficial con autoridad, contrariado por la marcha, comenzó a acusar a los manifestantes de ser vagos sin oficio; entre otras cosas les dijo "vayan a sus casas, subversivos, babosos". Entonces, desde la marcha le respondieron "matacuras", "matacuras". Al oír esto, el oficial ya no habló más y se retiró.

Después de marchar dos horas justas, la marcha llegó a la UCA. Entró en orden y puso ofrendas florales. Quienes pertenecían a las comunidades más cercanas a los jesuitas se quedaron en la universidad para participar en la vigila.

Mientras tanto, en el auditorio de la universidad completamente lleno y con centenares de personas afuera, se tenía la misa universitaria, donde tuvo lugar el reconocimiento oficial de la UCA a los ocho mártires. En el altar había docenas de sacerdotes y dos obispos extranjeros. En primera fila estaban las familias de los seis jesuitas y, en medio de ellas, Obdulio.

En esta misa, la UCA quiso expresar su compromiso para seguir los pasos de los mártires así como también su impercedero agradecimiento. El compromiso fue expresado por casi todas las unidades de la universidad, al presentar ante el altar los frutos de su trabajo de este primer año y su decisión para seguir adelante... El Centro Pastoral Monseñor Romero presentó el libro *El Dios crucificado*, que quedó literalmente cubierto con la sangre del P. Moreno. En su homilía, el P. Estrada, como rector, ratificó el compromiso de la UCA, precisamente, cuando también se estaban celebrando sus veinticinco años de fundación. Reclamó este compromiso diciendo que "la verdadera fundación de la UCA es el 16 de noviembre de 1989".

Antes de concluir la eucaristía, los cinco miembros de la junta de directores de la UCA

concedieron la medalla al mérito extraordinario a cada uno de los seis jesuitas asesinados. En los diplomas que acompañaban a las medallas se recuerdan los méritos de cada uno de ellos y los de todos como grupo: haber puesto el saber universitario al servicio de los pobres y haber sido consecuentes en esa tarea hasta el final.

Las medallas y los diplomas fueron entregados a sus familiares, comenzando por el P. Joaquín López y López, el primero de ellos que llegó a la UCA. Para las familias fue una sorpresa total, lo cual hizo más profundas y sinceras las palabras que pronunciaron al recibirlos. Todos agradecieron este gesto de la UCA, pero todos añadieron algo más, algo que ya llevaban en el corazón después de haber estado sólo dos días en El Salvador y que querían decir públicamente ante un auditorio abarrotado: "Gracias, pueblo salvadoreño". Y Juan Antonio Ellacuría, con la voz entrecortada, dijo a todos, "Allá, en España, no sabemos lo que es el evangelio. Vosotros aquí, sí lo sabéis".

El momento culminante se produjo cuando la junta de directores entregó a Obdulio un pergamino de agradecimiento y reconocimiento a Julia Elba y Celina. En él se dice que ambas mujeres sirvieron con cariño y dedicación a los jesuitas y que con su pobreza y su esperanza, símbolo de todo un pueblo crucificado y esperanzado, son la inspiración y guía permanente para el trabajo de la UCA. Obdulio, con su serenidad y su sonrisa, se acercó a recibir el diploma. Entonces, la audiencia se puso de pie y aplaudió larga y emocionadamente a Julia Elba y Celina, a Obdulio y sus rosas, a los pobres de El Salvador.

Abriéndose paso entre el abarrotado auditorio, avanzaron los pobladores de la Ciudad Segundo Montes con instrumentos musicales en sus manos y cantaron un alegre corrido, dedicado a los mártires y escrito por ellos mismos.

Después de la misa, se organizó la peregrinación de la comunidad universitaria. Se formaron ocho grupos, precedidos por una cruz blanca con la foto y el nombre de cada uno de los mártires. El portador de cada cruz fue acompañado de otros dos, quienes llevaban una ofrenda y una lectura.

Detrás venían los miembros de la comunidad universitaria con candelas y faroles y su hoja de cantos. Hubo ocho estaciones, en las cuales se fueron haciendo las lecturas. La peregrinación salió por el portón principal de la universidad, recorrió uno de sus costados y entró por el portón peatonal, terminando en las tumbas de los mártires.

La primera estación correspondió al P. Martín-Baró. Ahí se leyó la bienaventuranza "Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán reconocidos como hijos de Dios". También se recordaron sus palabras, "se debe poner el saber psicológico al servicio de la construcción de una sociedad donde la realización de los unos no requiera la negación y deshumanización de todos." Luego se ofrecieron piñatas con dulces, significando su amor por los niños campesinos de Jayaque, a quienes les fueron entregadas el siguiente fin de semana.

La segunda estación se dedicó al P. Ellacuría, con la bienaventuranza "Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados." Se leyó el siguiente fragmento de su obra, "estos pueblos pobres son vistos por Dios con ojos de amor y amados y comprendidos con infinita misericordia, como los hijos más queridos que necesitan tener vida y vida en abundancia. Constituyen la mayor parte de la humanidad, son los más pobres e injustamente tratados, que han sido violentamente apartados de los bienes más necesarios de este mundo para que unos pocos disfruten hasta la saciedad de esos bienes más superfluos. Son los pueblos más religiosos, que sienten mayor necesidad de Dios porque en los hombres no ven posibilidad de ayuda". Como ofrenda se presentó el diario de Monseñor Romero en testimonio de la profunda cercanía que hubo entre ambos.

La tercera estación, dedicada a Celina, estuvo centrada en la bienaventuranza "Felices los que tienen el espíritu de pobres, porque de ellos es el reino de los cielos". Se leyó un fragmento de una poesía dedicada a ella, que dice, "Ya está en el futuro Celina. Lo sabés todo, / se acerca a ti el gran Romero / preside la romería inconclusa / de

70 mil que son los santos inocentes / de El Salvador". Un hermoso ramo de rosas simbolizó el cumplimiento de una promesa de su amiga más querida.

La cuarta estación estuvo dedicada a Elba y fue iluminada por la bienaventuranza "Felices los que lloran porque recibirán consuelo". Ante la presencia emocionada de Obdulio, quien cargaba su cruz blanca, se leyeron las siguientes líneas, "Era una persona fiel, discreta, intuitiva de los problemas y necesidades ajenas y siempre dispuesta a darse". Una violeta representó el amor y los cuidados que ella prodigaba a quienes la rodeaban.

La quinta estación, dedicada al P. Amando López, se centró en la bienaventuranza "Felices los pacientes, porque ellos recibirán en herencia la tierra". A continuación se leyó lo siguiente, "su gran carisma era el don del consejo y del amor, tenía una responsabilidad natural para escuchar, un corazón grande para acoger y una sonrisa contagiosa para animar. Fue un gran amigo y un buen compañero. La ternura de su amistad y la alegría de su risa viven entre quienes tuvimos el privilegio de gozarlas". Un tecolote simbolizó las tareas universitarias que recuerdan al P. Amando como un trabajador del reino de Dios, quien, en silencio y sin figurar públicamente, realizaba con sus clases una gran labor concientizadora y liberadora. En una palabra, "fue un hombre que pasó haciendo el bien".

La sexta estación estuvo dedicada al P. Montes y fue iluminada por la bienaventuranza "Felices los perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el reino de los cielos". De él se dijo que "como superior servía a los hermanos para que los demás se sintieran bien. Su presencia era aglutinadora y de los seis mártires de la universidad era el que más directamente conocía la realidad de El Salvador". El libro que escribió sobre desplazados de El Salvador simbolizó su entrega a investigar su situación dentro y fuera del país. Para él, los desplazados y los refugiados representaban un reto de amor y entrega al pueblo salvadoreño.

La séptima estación se dedicó al P. Joaquín

López y se inspiró en la bienaventuranza "Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios". Enseguida se leyó el siguiente testimonio, "era un hombre de pocas palabras; un gran empresario para organizar la educación a nivel popular. Pre-nuncio de lo que sería luego Fe y Alegría fueron sus catecismos intercolegiales en barrios pobres, dirigidos por él desde el Colegio Externado San José. Inspiraba y motivaba a los jóvenes a dedicar sus fines de semana al servicio de los más necesitados. Fundó escuelas de aprendizaje, talleres y guarderías, donde fue llamado con cariño 'el tío Quin de los necesitados'". Un niño pequeño representó su dedicación y sensibilidad cristiana por los más débiles e inocentes, víctimas de la miseria.

La octava estación estuvo dedicada al P. Juan Ramón Moreno y estuvo iluminada por la bienaventuranza "Felices los compasivos, porque alcanzarán misericordia". Luego se leyeron las siguientes líneas de su libro, "el samaritano ha sabido hacerse buena noticia para el hombre asaltado por los ladrones. La única gramática por medio de la cual se puede explicar la buena noticia cristiana es la gramática del amor misericordioso, la gramática de la solidaridad con el otro. Y en la raíz, en el origen fontanal de esa buena noticia están las entrañas de misericordia". Un cristo simbolizó el amor crucificado. El P. Moreno y sus compañeros también fueron sacrificados como Jesús.

La peregrinación terminó en la capilla, junto a las tumbas de los mártires. Ahí se leyó un pronunciamiento de la comunidad universitaria, se colocaron la cruces delante de las tumbas y se oró fervorosamente, para que su sangre derramada fuera una ofrenda de amor y de esperanza para el pueblo de El Salvador.

Mientras la peregrinación hacía su recorrido, la UCA se fue llenando de cooperativistas, repatriados, miembros de las comunidades parroquiales, amigos, estudiantes, religiosos y religiosas... La alegría y la fraternidad de los pobres llenó la noche del 15 al 16. Los testimonios que se fueron dando adquirieron una dimensión impresionante por la dureza de la vida y el sello

de la sangre derramada por los campesinos. "¡Tantos años ya y la cosa no se compone! ¡Ya estuvo de trabajar! ¡A saber!, dicen hoy los que no han sufrido. Pero a mí, sólo muerto me van a callar. Porque Monseñor y tanto mártires de nuestro pueblo no han dado la vida de choto. Primero muerto a callarme. Primero muerto a no luchar". Para ayudar a pasar la noche hubo tamales y café para todos. Aquello fue como una gran mesa donde hubo un lugar y con qué para cada uno de los asistentes.

La vigilia comenzó con un festival artístico al aire libre, animado por la participación de varias organizaciones populares durante muchas horas. En los cantos se expresó el sentir del pueblo y el de la Iglesia. En el auditorio de la universidad se proyectaron videos sobre los mártires de la UCA y sobre Monseñor Romero. Muchos lloraban, recordando rostros tantas veces presentes en las aulas y en las parroquias. Fue un llanto comunitario, silencioso e incontinente. Algunos estudiantes de filosofía parecían decir, "¿cuántas cosas nos faltaron para preguntarte, Ellacu?". Cada quien lloraba por quien más había querido. Mientras tanto, en la capilla de la universidad tenía lugar una peregrinación continua e ininterrumpida ante la tumba de los mártires. La capilla se mantuvo llena de personas rezando, "para no dejar solitos a los padres", explicaba un campesino, "porque es cabo de un año y es la víspera".

A las dos de la madrugada, la hora del asesinato, se juntaron cantos, plegarias, lágrimas y velas. Era el clamor de un pueblo pidiendo paz y justicia. A las cuatro comenzó la eucaristía. Fue una eucaristía sin prisas, larga, muy sentida y profunda. Así amaneció aquel viernes 16, el primero después de la masacre.

Por la tarde y al aire libre tuvo lugar última eucaristía, la misa de todos. Así fue pensada desde el comienzo, una eucaristía a la cual todos pudieran asistir y en la cual se expresara lo que todos deseamos, la paz, la justicia y la fraternidad. A esta eucaristía asistieron entre seis y ocho mil personas, profesores, administrativos, estudiantes,

amigos de la capital y de los cantones y las repoblaciones. Algunos de ellos tuvieron que caminar muchas horas para llegar. La eucaristía fue presidida por el arzobispo de San Salvador y en ella concelebraron 180 sacerdotes y 27 obispos (dos salvadoreños, el nuncio, y otros obispos procedentes de Honduras, Brasil, Ecuador, Estados Unidos, Canadá, Irlanda, Francia, Inglaterra y Alemania), quienes ingresaron al lugar con estolas rojas que sólo llevaban una cruz y la fecha, 16 de noviembre, siguiendo una bella cruz regalada por la Iglesia Bautista Emmanuel. En la parte más alta del presbiterio estaban las ocho caras de los mártires y sus nombres escritos en hermosas letras azules.

Al comienzo de la celebración, Mons. Luis Santos (obispo de Santa Rosa de Copán), leyó un comunicado firmado por todos los obispos extranjeros. El P. Alvaro Restrepo, representante personal del Padre General de la Compañía de Jesús leyó un saludo. El Padre Provincial de la Compañía de Jesús José María Tojeira pronunció la homilía. El rector de la universidad P. Miguel F. Estrada dijo unas palabras de agradecimiento al final de la celebración. Todos coincidieron en que el significado de los mártires va más allá de la UCA y de la Compañía de Jesús, y en la necesidad de que estos martirios, junto con tantos otros, sacudan la conciencia nacional e internacional para que fructifiquen en caminos de solución para El Salvador. En la sección de documentación se encuentran reproducidos estos documentos.

La solemnidad de la eucaristía, que se podía sentir en el ambiente, a pesar de la multitud, tuvo varios momentos culminantes. Uno de ellos fue la entrada de los ministros concelebrantes. Otro fue durante las ofrendas. Estas consistieron en la presentación de un frasco con tierra ensangrentada de cada uno de los mártires que sus familiares pusieron sobre el altar. Otro momento fue la lectura del salmo responsorial, hecha por un antiguo trabajador de la UCA, quien hasta hace poco ha aprendido a leer. Ante obispos, sacerdotes, académicos y diplomáticos, leyó con firmeza y con al-

guna dificultad la Palabra de Dios, mientras la multitud respondía a sus palabras balbucientes. Al final no hubo ningún "amén", sino un espontáneo aplauso.

La oración de los fieles fue hecha por campesinos y campesinas salvadoreños, que habían conocido y trabajado con los mártires. Pidieron por lo que el pueblo pide, la paz y la vida. Cuando le tocó el turno a los habitantes del antiguo poblado de Guancorita, hoy comunidad Ignacio Ellacuría, una campesina, con un tierno en sus brazos, espontáneamente avanzó hacia el micrófono y dijo, "Vengo de la comunidad 'San Ignacio Ellacuría'. En un borbando me mataron dos niños míos en febrero. Vengo a pedir que haiga paz". Un fuerte aplauso respondió a su petición. Aplauso más que merecido a una madre, y en ella a muchísimas otras, que han visto cómo han asesinado a sus hijos. Aplauso más que necesario para reafirmar el anhelo de paz. Y aplauso más que teológico, pues, sin caer quizás en la cuenta, esa campesina llamó santos a los mártires. En su comunidad, tienen dificultad para pronunciar bien el nombre "Ellacuría" y hablan de su comunidad como "La Llacuría" o simplemente, en forma abreviada, "La Curía".

El domingo 18, las comunidades parroquiales, en las cuales algunos de los mártires habían ejercido su ministerio, celebraron su memoria junto con los familiares de cada uno de ellos. El P. Martín-Baró fue celebrado en Jayaque. El P. Segundo Montes, en la parroquia de Cristo resucitado de la colonia Quzaltepec, en Santa Tecla. El P. Amando López, en la parroquia de Tierra Virgen. Fue un domingo cargado de significado para todos.

En Jayaque, todas las comunidades de la parroquia, junto con los hermanos de Nacho y los familiares del P. Ellacuría y muchos visitantes extranjeros, entres quienes estaba el embajador británico, celebraron la pascua. La celebración comenzó con una larga procesión con palmas, flores y fotografías del Padre Nacho, en la entrada de Jayaque. Precedidos por una gran cruz de bambú, la procesión atravesó el pueblo, cantando hasta llegar al templo parroquial. Se quemó mucha pólvora.

Al entrar en la iglesia, la procesión fue recibida por un hermoso retrato del P. Nacho, sonriente, con su guitarra, a quien san Sebastián había cedido su lugar de patrono ese día. La eucaristía fue concelebrada por diez sacerdotes.

En los corridos, compuestos de memoria, en los testimonios y especialmente en las ofrendas de las comunidades se fue expresando lo que el P. Nacho fue y es. En el momento de las ofrendas se presentaron dulces y piñatas, para recordar su cariño por los niños de la parroquia, la fotografía del puente construido con su ayuda y un par de sandalias, simbolizando sus largas caminatas por los cantones. La comunidad parroquial regaló a los familiares un libro con veintiún páginas de recuerdos, poemas, cantos, y un álbum de fotografías.

La homilía giró alrededor de la pasión y de la resurrección que las comunidades han recorrido en el último año. Varios miembros de la comunidad parroquial han sido capturados y una de las ermitas de la parroquia ha sido ocupada por los soldados. En medio de la alegría de la celebración, los soldados no tuvieron reparo para presentarse armados en la iglesia vestidos de civil. Ante el escándalo, el presidente de la asamblea les pidió que fueran a sus casas a dejar las armas y que regresaran luego para compartir la fe con sus hermanos. Salieron, pero ya no regresaron.

La comunidad parroquial de Tierra Virgen del Monte Carmelo estaba esperando con gran impaciencia la llegada de sus huéspedes, las hermanas del P. Amando López, quienes llegaron acompañadas de algunos jesuitas de El Salvador y del extranjero, de algunos sacerdotes extranjeros, de un grupito de estudiantes y de varios amigos. La comunidad las esperó formada en dos filas, con palmas en las manos; cuando llegaron, prorrumpió en un largo y emocionado aplauso. Luego, la comunidad, en procesión y precedida por una cruz, cantando y dando vivas, se dirigió hacia el cobertizo donde se celebra normalmente la eucaristía.

La eucaristía, concelebrada por varios sacerdotes, fue llena de vida, de realidad y de esperan-

za. La comunidad parroquial participó cantando, leyendo, comentando, rezando, dando testimonio y aplaudiendo. A medida que la celebración fue avanzado fue haciéndose cada vez más patente que Amando sigue actuando en forma de bondad y amor. Se presentaron ocho ofrendas, una por cada mártir, seleccionadas entre las que fueron ofrecidas en los ocho días anteriores, cuando la comunidad se había reunido, al anochecer, para orar, recordando a cada uno de los mártires. En ese momento, la comunidad revistió al jesuita que ha reemplazado a Amando con el alba y la estola de éste. Este símbolo se convirtió así en una interpe-lación y en un reto para la comunidad y para su pastor actual.

Después de la eucaristía hubo una convivencia y un almuerzo preparados por la comunidad. Los diferentes grupos de la parroquia participaron con sus canciones, sus poesías, sus cuentos y sus agradecimientos. Cada visitante recibió un recuerdo de la comunidad. "Nunca, nadie me había recibido en ningún lugar como ustedes nos han recibido aquí", expresó uno de los visitantes con admiración y cariño.

"¡Qué iglesia más grande! Creía que era más pequeña", dijo una de las hermanas del P. Montes al llegar a la parroquia de la colonia Quezal-tepec. "Como si no conocieras a tu hermano, él lo tenía que hacer todo en grande", respondió la otra her-mana.

La comunidad parroquial de la Quezal-tepec esperó con ilusión ese domingo. Había ilusión por saludar a las hermanas del P. Montes y por celebrar la eucaristía con ellas. Había tanta ilusión porque ellas eran hermanas de quien durante varios años había vivido con ellos la eucaristía do-minical. Ese día se inauguró el nuevo templo pa-roquial, por el cual el P. Montes había luchado mucho y en el cual tenía, él también, una gran ilu-sión. Este día domingo se dijo la primera misa bajo el nuevo techo, porque el templo aún no está concluido. Las hermanas de Segundo, Mari Paz y Katy no eran ajenas a este templo, porque desde hace meses han estado enviando ayudas para con-cluirlo como un homenaje a su hermano.

La comunidad entró solemnemente en el tem-plo, que, por cierto, no resultó tan grande como parecía, pues muchas personas tuvieron que que-darse de pie al fondo y a los lados. El presbiterio estaba dominado por una foto del P. Montes. La eucaristía fue presidida por el párroco y las dos hermanas del P. Montes, haciendo más viva su presencia. En las palabras del sacerdote, en los testimonios de la comunidad, en los cantos, en las lecturas, tomó cuerpo la fe y la esperanza de aquella comunidad.

Un miembro de la comunidad dio testimonio del P. Montes diciendo lo siguiente, "como hom-bre encontramos siempre en el P. Montes el ami-go que compartió gratos momentos con los miem-bros de nuestra comunidad, caracterizándose por su humildad y sencillez, promoviendo la partici-pación de todos nosotros en la consecución de un mundo mejor, destacando además su valentía y fortaleza espiritual que lo llevaron a ofrendar su vida por la causa del evangelio".

Al terminar la misa, un refresco, amenizado por el coro, que acompañado por un grupo de gui-tarras, cantó alegres cantos y corridos. Después vino la visita a la guardería de la parroquia. Una de las obras de Segundo. Sus hermanas estaban ansiosas por encontrarse con los niños de la guar-dería, pues habían oído a su hermano hablar mu-cho de ella. Al llegar hubo cantos, poesías, ramos de flores... y ellas repartieron dulces a niños y adultos, en medio de besos y abrazos.

El P. Montes resucitó ese día de una manera especial en la comunidad parroquial de la colonia Quezal-tepec. Su espíritu se hizo presente durante la celebración, encarnándose en su comunidad pa-roquial y en la presencia de sus hermanas.

Vinieron con dolor y con esperanza, y han re-gresado a su país y a sus hogares con más espe-ranza que dolor. Pero, sobre todo, han regresado con una buena noticia. El papá de Nacho dice que sus cuatro hijos han regresado de nuestro país enardecidos. El P. José Ellacuría ha regresado a Taiwán convencido que la fraternidad y la solida-ridad son posibles, que aún hay esperanza. Algu-nos de los familiares de los jesuitas asesinados

han encontrado a Dios aquí, en la UCA y en el pueblo salvadoreño.

Esta peregrinación a El Salvador introdujo algo nuevo en sus vidas: el amor que, trágicamente expresan las tumbas de sus hermanos, la sincera acogida de los jesuitas y del personal de la UCA, la sonrisa de Obdulio. Después de todo ello y de visitar las habitaciones de donde los sacaron y el jardín de las rosas donde los mataron, regresan a sus hogares convencidos de la existencia del amor en el mundo. Ellos mismos han venido, han visto y han creído; por eso, ellos también han regresado convertidos en testigos.

Ellos también han entendido a los mártires. Entienden por qué y para qué vivieron, y también por qué murieron. Esa luz es la que ilumina su verdadero recuerdo. Y comprender el amor que expresaron en vida y en muerte es lo que alivia su dolor y lo va cambiando, poco a poco, en gozo.

Ahora entienden lo que muchos les han escrito a lo largo de estos meses, "Estén contentos. Tienen un mártir en la familia".

"Gracias" fue la palabra que más repitieron en los últimos días. Dieron las gracias a muchos, a la UCA, a los jesuitas, a todos los que les mostraron la atención más delicada. Pero detrás de todo ello están las gracias al pueblo salvadoreño. "El le hizo a mi hermano", repetía Alicia, la hermana de Nacho. Y ese pueblo ha conmovido a todos. Y como se puede seguir viviendo con sentido siempre que con sinceridad se pueda decir "gracias", los hermanos, los familiares, los amigos de los mártires han regresado contentos y cambiados. Paradójicamente, su venida a El Salvador para visitar la tumba de sus hermanos ha sido encontrarse con una buena noticia. Han encontrado a los pobres y entre ellos han encontrado a sus hermanos.

